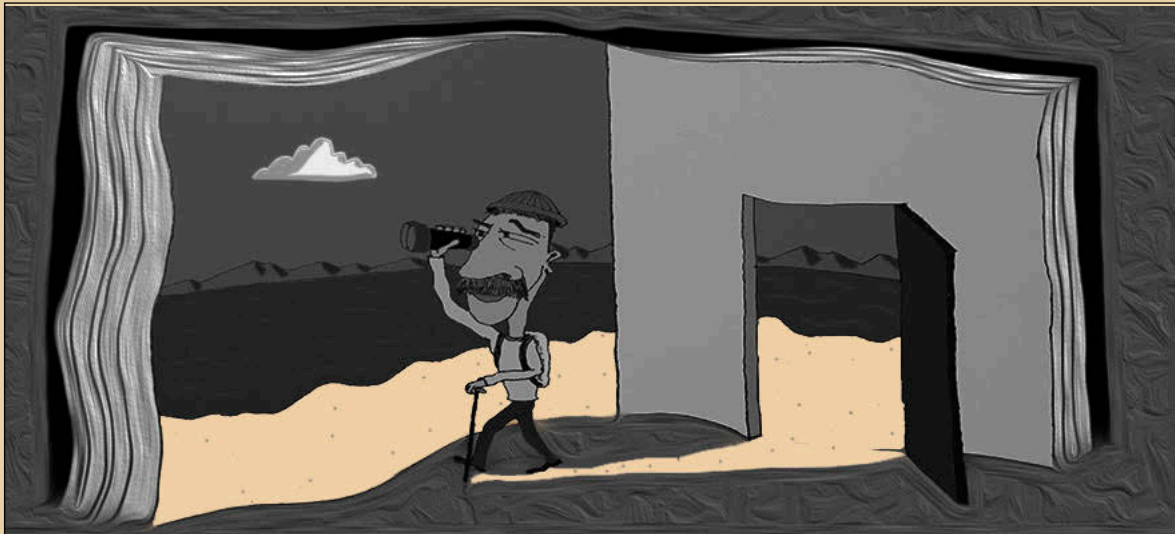


#18

# UNA NEGATIVA A RECIBIR: LA LECTURA (DE LA) CRÍTICA

**David Pruneda Senties**

*Universidad Nacional Autónoma de México*



**Resumen** || El artículo discute las diferencias entre la lectura entendida como una actividad de recepción y la lectura entendida como una actividad crítica. A partir de una revisión de las propuestas de Wolfgang Iser, Hans Robert Jauss y Stanley Fish, este ensayo argumenta que la condición de posibilidad de la lectura crítica es la negativa a recibir el texto literario, por lo que debe elaborar su propio objeto de estudio con el objetivo de producir un discurso crítico. De esta manera, los estudios literarios deben pensarse no como un examen de un texto literario, sino como un análisis de un acto de lectura.

**Palabras clave** || Lectura crítica | Lectura receptiva | Estética de la recepción | Teoría de la respuesta del lector | Fenomenología | Hermenéutica

**Abstract** || This article discusses the differences between reading as an activity of reception and reading as an activity of criticism. By means of a revision of Wolfgang Iser's, Hans Robert Jauss,' and Stanley Fish's proposals, this paper's argument is that the condition of possibility for critical reading is the refusal to receive the literary text. Therefore, critical reading must elaborate its own object of study in order to produce a critical discourse. Instead of a commentary on a literary text, from this perspective literary studies become an analysis of an act of reading.

**Keywords** || Critical reading | Receptive reading | Reception theory | Reader-response theory | Phenomenology | Hermeneutics

**Resum** || Aquest article discuteix les diferències entre la lectura entesa com una activitat de recepció i la lectura entesa com una activitat crítica. A partir d'una revisió de les propostes de Wolfgang Iser, Hans Robert Jauss i Stanley Fish, aquest assaig argumenta que la condició de possibilitat de la lectura crítica és la negativa a rebre el text literari, per la qual cosa ha d'elaborar el seu propi objecte d'estudi amb l'objectiu de produir un discurs crític. D'aquesta manera, els estudis literaris han de pensar-se no com un examen d'un text literari, sinó com una anàlisi d'un acte de lectura.

**Paraules clau** || Lectura crítica | Lectura receptiva | Estètica de la recepció | Teoria de la resposta del lector | Fenomenologia | Hermenèutica

La lectura crítica ha sido señalada como una práctica esencial de los estudios literarios desde que estos se consolidaron en las instituciones académicas. La exploración de distintas formas de leer críticamente es una de las sendas más transitadas en la reflexión teórica del siglo XX, desde la Nueva Crítica hasta la «crítica de la diferencia»<sup>1</sup>. Estas tendencias han trazado —explícita o implícitamente— líneas guía para que sus lecturas se dirijan hacia intereses definidos por principios estéticos, valores morales o posiciones políticas. En estas prácticas de análisis literario la lectura crítica es un supuesto indispensable para que el estudioso pueda dar cuenta de su recorrido por el texto. No obstante, diferentes autores también se han cuestionado acerca de lo que es realmente aquello que llamamos lectura crítica, preguntando por qué ciertas prácticas de lectura son consideradas críticas y por qué otras no lo son.

La hipótesis que se plantea en este artículo es que la condición de posibilidad de la lectura crítica es la negativa a recibir el texto literario. La lectura crítica no puede ser entendida en los mismos términos que la lectura como una actividad de recepción, por lo que su estudio requiere un andamiaje teórico distinto. Mediante la discusión de los fundamentos planteados por la estética de la recepción y por la teoría de la respuesta del lector, este artículo propone vías de estudio de la lectura crítica, entendida como un análisis de un acto de lectura y no como un examen de un texto literario. Así pues, no podemos hablar de la lectura crítica como una práctica esencial de los estudios literarios, sino que sería más ajustado hablar de los estudios literarios mismos como un acto de lectura *de la* crítica.

Solo es posible discutir la noción de lectura crítica dentro de un marco institucional. Independientemente de la tendencia intelectual que adopten, el objetivo en común de los departamentos de literatura en las universidades es inculcar en los estudiantes el hábito de la lectura crítica, a pesar de que nadie tenga claro a qué se refiere el término (Warner, 2004: 13). Un riesgo común en cualquier área de conocimiento es olvidar cuestionar los supuestos metodológicos y conceptuales de los que se parte para el desarrollo de líneas de reflexión. Los estudios literarios no son ajenos a este escenario, pues «La lectura crítica es la ideología popular de una profesión docta, tan cercana a nosotros que rara vez sentimos la necesidad de explicarla» (Warner, 2004: 14. La traducción es mía). Si bien es cierto que una gran cantidad de libros teóricos y clases universitarias suelen dedicar un espacio a la discusión de las formas críticas de leer, cuando se requiere una definición de la lectura crítica, los docentes tienden a describirla en función de las prácticas de lectura que no se piensan críticas. Por ejemplo, se insta a los alumnos a «no leer como niños, como vacacionistas en la playa, como escapistas, como fundamentalistas, como nacionalistas, como anticuarios, como consumidores, como ideólogos, como sexistas, como turistas,

---

## NOTAS

1 | Karin Littau llama «crítica de la diferencia» a las teorías feministas, los estudios sobre la raza, los poscoloniales y las teorías *queer* (2008: 192).

---

como ustedes mismos» (Warner, 2004: 15. La traducción es mía). La lectura crítica, pues, se antoja como un principio de exclusión de otras formas de leer, por lo general más cotidianas, que no cumplen con las expectativas y las intenciones de la institución académica. Pero este esbozo de definición diferencial está lejos de ser satisfactorio. Quizás sea más prudente poner en suspenso la pregunta ¿qué es la lectura crítica? y, dando un paso lateral, preguntarnos si la lectura crítica es auténticamente un acto de lectura o si es un estilo de relectura o, incluso, un discurso sobre la lectura (Warner, 2004: 15).

La respuesta a las tres preguntas anteriores es afirmativa. En primer lugar, una definición de la lectura puede ser tan general que englobe cualquier acción ejercida sobre una serie de signos con la intención de hallarles un sentido. No cabe duda de que exceptuar la lectura crítica de esta caracterización sería un movimiento excesivamente radical y quizás ni siquiera conduciría a reflexiones oportunas dentro de los estudios literarios. Debe bastar, por lo pronto, con que se tome en cuenta que la lectura crítica es una manera particular de esta búsqueda de sentido. En segundo lugar, la lectura crítica únicamente puede considerarse una relectura, no solo porque resulta sensato observar un fenómeno en más de una ocasión si se tiene la intención de analizarlo, sino también porque «un elemento esencial de la lectura crítica es que el lector debe ser imaginado como un productor de discurso» (Warner, 2004: 23. La traducción es mía). Así, en la producción de un discurso relacionado con un texto literario, se le exige al crítico que vuelva sobre sus pasos y retransite su(s) lectura(s) para seleccionar el material de la obra que formará parte de la nueva configuración discursiva. Por último, es necesario preguntarse sobre el discurso que la lectura crítica produce. En gran medida, este es el tema central de esta discusión y será desarrollado con detalle en lo que sigue; sin embargo, es posible adelantar una postura equiparándola con la de Jonathan Culler: «si el estudio de la literatura es una disciplina, debe convertirse en una poética: un estudio de las condiciones del significado y, por consiguiente, un estudio de la lectura» (2014: 49. La traducción es mía). Para fines de este artículo, se entiende la poética no solo como una forma de estudio del texto literario, sino también como el estudio estructurado de otros discursos que mantienen una relación estrecha con la literatura. Como se mencionó al inicio, si los estudios literarios son una lectura *de la* crítica, entonces habría que pensar la lectura crítica no como un análisis de un texto literario, sino como el examen de un objeto producido por un acto de lectura. En ese aspecto, es verdad que los estudios sobre la recepción literaria se han encargado de describir la lectura como un proceso en el que el lector es partícipe de la producción del significado de un texto, pero una comparación entre la producción de la lectura receptiva, por un lado, y la producción de la lectura crítica, por el otro, mostrará que se trata de procesos significativamente distintos.

---

Aquí se entiende la lectura receptiva como un contacto entre un lector y un dispositivo literario, cuyo resultado es la producción de un texto. Para Wolfgang Iser, la pieza clave en el fenómeno literario es esta interacción. La literatura sucede en un plano virtual que se construye cuando el lector participa de la experiencia que propone el dispositivo literario, pensado como un constructo lingüístico compuesto por correlatos de áreas determinadas y de áreas indeterminadas:

Cada correlato individual de enunciado prefigura un horizonte determinado, el cual se convierte enseguida en una pantalla sobre la que se proyecta el correlato siguiente, transformándose inevitablemente el horizonte. Como quiera que cada correlato de enunciado no prefigura lo que va a venir más que en un sentido restringido, el horizonte despertado por ellos presenta una perspectiva que, pese a su concreción, contiene ciertos elementos indeterminados que, en todo caso, poseen el carácter de la espera cuyo cumplimiento anticipan. Cada nuevo correlato consiste al mismo tiempo en intuiciones satisfechas y representaciones vacías. (Iser, 2010: 313-14)

Pensada como un fenómeno de actualización, la lectura para Iser se basa en una cadena de situaciones individuales que siguen una lógica causal. Cada una de estas situaciones se compone de al menos tres tipos simultáneos de información: anterior, actual y posterior. El primer tipo de información proviene de la experiencia previa del lector, cuya fuente incluye tanto el bagaje de lecturas pasadas como el dispositivo literario en turno. La información actual se materializa en forma de satisfacciones o de decepciones a partir de un contraste entre lo esperado y lo realizado. La información posterior, a su vez, es la expectativa que conducirá al lector en su tránsito de una situación específica a otra, en donde esta expectativa será satisfecha o defraudada.

Aunque esta lógica causal parecería excluir al lector de toda acción, Iser señala que es por medio de la facultad de decidir que este lleva a cabo un acto de creación:

Una configuración de sentido tiene para cada lector un grado alto de determinación que brota de las muchas decisiones y selecciones surgidas en el curso de la lectura sobre el modo de relacionar los correlatos de enunciados mutuamente referidos. Ahí se basa la actividad especialmente creadora que experimenta el lector de textos literarios. (2010: 315)

Iser aboga por las capacidades creadoras del lector como una manera de ejercer un cierto grado de libertad; sin embargo, esta postura no está exenta de controversia. Por una parte, la idea de la independencia del lector se fundamenta en la inagotabilidad del acto de lectura, en donde supuestamente las formas de actualización del dispositivo literario son tantas como lectores potenciales. Por otra

parte, no es posible perder de vista que el resultado de la creación en la lectura receptiva es el texto literario, cuya conformación depende no solo de seguir las direcciones propuestas por el dispositivo lingüístico, sino que también involucra, desde una perspectiva fenomenológica, la fusión entre el sujeto y el objeto:

Si la lectura suspende la división entre sujeto y objeto, constitutiva de toda percepción y conocimiento, se sigue que el lector está *ocupado* por los pensamientos del autor [...] Texto y lector no están ya frente a frente como sujeto y objeto sino que se da una «escisión» en el seno del lector mismo. (Iser, 2010: 326)

Que la división se suspenda no quiere decir que la relación entre ambas partes fuera en principio simétrica. Esta es una de las críticas más comunes a esta teoría, pues no ha faltado quien argumente que el lector que Iser propone no es completamente libre:

La libertad concedida al lector está en efecto limitada a los puntos de indeterminación del texto, entre los lugares determinados que el autor ha decidido. De este modo, el autor sigue siendo efectivamente, a pesar de las apariencias, quien dirige el juego: el autor continúa decidiendo aquello que está determinado y aquello que no lo está. (Compagnon, 2015: 184-5)

Desde la noción de los espacios vacíos como estructuras fundamentales, hasta el mismo proceso de actualización, la lectura que Iser describe evidencia la primacía de la obra (y del autor) sobre el lector<sup>2</sup>.

En contraste con la lectura receptiva, el resultado de la lectura crítica no es un texto literario sino un discurso, que se produce a partir de la interacción entre un lector y un dispositivo crítico y que está estrechamente relacionado con el ámbito literario. Pero antes de hablar de las características de este discurso, es necesario explorar el proceso que le da origen. Ya se mencionó que la lectura crítica solo puede pensarse como una relectura. Si bien Iser se centra en el primer contacto entre el dispositivo literario y el lector, su discusión toca como de pasada la situación de la segunda lectura, en donde reconoce la posibilidad de hacer descubrimientos que reconfiguren la actualización de un texto literario. Iser establece que una condición indispensable para que una segunda lectura arroje nuevos hallazgos es que el lector no repita el mismo recorrido de su primera experiencia con el dispositivo literario (2010: 316). Ciertamente esta descripción se antoja simplista, pues la repetición que se lleva a cabo en la relectura complica la lógica causal de expectativa y realización.

En ese sentido, no hay duda de que desechar la noción de expectativa sería un retroceso en la reflexión sobre la lectura, pero si la intención es entender el mecanismo de la lectura crítica, entonces es necesario considerar que las expectativas en este proceso son de

## NOTAS

2 | Siguiendo otra línea de reflexión, pero relacionada con la poca libertad del lector en la teoría de Iser, Terry Eagleton argumenta que todo el edificio teórico de esta estética de la recepción descansa sobre una ideología liberal humanista, en donde los individuos deben estar dispuestos a cuestionar y a ser cuestionados, así como a mantener una postura imparcial y receptiva, que permita la transformación de criterios e ideas establecidas: «Todo lo concerniente al sujeto lector se pone en tela de juicio en el acto de leer, excepto la clase de sujeto (liberal) a la que pertenece. Por ningún concepto podrían criticarse estos límites ideológicos, pues de lo contrario, el modelo entero se vendría abajo. En este sentido, la pluralidad y la total apertura del proceso relacionado con el acto de leer están permitidas porque presuponen cierto tipo de unidad cerrada que siempre permanece en su sitio: la unidad del sujeto lector es violada y transgredida, pero para regresar más plenamente a sí misma» (1998: 101). En otras palabras, la tragedia del lector de Iser es su cautiverio en una ideología que, paradójicamente, porta la libertad como uno de sus valores insignia.

---

otra naturaleza. Puesto que ya ha recorrido el conjunto de correlatos por lo menos en una ocasión, las expectativas del lector crítico no se originan en el correlato anterior y tampoco se defraudan o se satisfacen con el correlato posterior. Para la configuración de sus expectativas, el lector crítico debe echar mano de otro dispositivo lingüístico que no es el literario. Por esta razón, aquí se define el proceso de la lectura crítica como un contacto entre un lector y un dispositivo crítico, entendido como el constructo lingüístico que esta elabora como su objeto de estudio, pero que se distingue del discurso que se produce como consecuencia del ejercicio crítico.

A diferencia del dispositivo literario, que se conforma de áreas determinadas y de áreas indeterminadas, el dispositivo crítico tiene una forma acabada y completa. El lector postula el dispositivo crítico para satisfacer la expectativa de una interpretación totalizante, que pretende solventar las indeterminaciones del dispositivo literario. Resolver estas inconsistencias solo puede lograrse mediante una o varias repeticiones de la experiencia con el conjunto de correlatos, especialmente mediante el mismo recorrido del primer contacto entre el lector y el dispositivo literario. La lectura crítica debe repetir su tránsito por los correlatos literarios para, por un lado, satisfacer o defraudar la expectativa que suscita la validez de su dispositivo crítico y, por el otro, para hacer nuevos descubrimientos en el dispositivo literario.

Debido a que la lógica causal de la lectura receptiva se trastoca por la práctica crítica, es necesario ahora explorar la libertad del lector. Tanto Eagleton como Antoine Compagnon han señalado que en la teoría de Iser el lector es menos libre de lo que aparenta. Todo indicaría que en la lectura crítica la situación es distinta, pero independientemente de si en efecto el lector tiene una mayor libertad, vale la pena considerar que la noción de esta práctica de lectura también parte de un supuesto ideológico. De acuerdo con Michael Warner, la lectura crítica se ha asociado generalmente con un proyecto identificado con la operatividad del individuo y con su capacidad para llevar a cabo acciones de transformación social (2004: 14-15). Visto así, este lector no se encuentra muy lejos del liberalismo humanista de Iser; sin embargo, la libertad no radica en la facultad de decisión del sujeto, sino en su autonomía con respecto al dispositivo literario:

[...] la imagen mental de la crítica parece requerir como mínimo una clara oposición entre el objeto texto y el sujeto lector; en efecto, la lectura crítica puede pensarse como el ideal por exacerbar esta polaridad, definiendo la libertad y la injerencia del lector como una expresión de la distancia con el texto, que debe ser objetivizado como un punto de partida de distanciamiento. (Warner, 2004: 20. La traducción es mía)

Es por esto por lo que no es del todo posible entender la lectura crítica desde la perspectiva fenomenológica de Iser, puesto que en ningún momento se suspende la división entre el objeto y el sujeto que lo experimenta.

Esta distancia adquiere otro matiz cuando el proceso de lectura se estudia desde la hermenéutica. Hans Robert Jauss señala que

Una fórmula de recepción que quiera adecuarse al comportamiento estético frente al texto y desde el texto no debe, según esto, unir los dos lados de la relación texto-lector [...] bajo el símil mecanicista de una acción recíproca, sino que debe concebir la mediación como un proceso de fusión de horizontes. (1987: 70)

No hay duda de que la noción de horizonte de expectativas es clave para la descripción que Jauss hace de la lectura. A diferencia de Iser, quien tiene un concepto similar en el repertorio y que asocia solo con el texto<sup>3</sup>, Jauss señala que en el proceso de lectura tanto el horizonte del lector como el de la obra establecen la relación que produce el significado.

Estos dos tratamientos evidencian concepciones distintas de la lectura. Por un lado, desde la fenomenología, Iser habla de una actualización en la que el lector parecería disolverse en la estructura lingüística —nótese que lo que se actualiza no es el lector, sino el texto—. Por el otro lado, como piedra de toque para entender la recepción literaria, Jauss utiliza la fusión de horizontes de expectativas, que si bien tiende a la aparente unión entre sujeto y objeto, se pretende que la línea divisoria se mantenga antes, durante y después del contacto del lector con el dispositivo literario.

La distinción entre los dos polos de la lectura permite a Jauss hablar de dos modalidades de fusión de horizontes: una afortunada, en la que las expectativas se cumplen por medio de la correspondencia, y otra desafortunada, en la que se produce una incompatibilidad de horizontes (1987: 77-78). Estas modalidades resuenan con cómo se realizan o defraudan las expectativas del lector en la lógica de causa y efecto. No obstante, mientras que para Iser las expectativas insatisfechas se convierten en representaciones vacías, para Jauss son una oportunidad de cambio e innovación en la tradición literaria:

Hay que señalar que Jauss parte del postulado de que la destrucción de la norma es el elemento más importante del gran arte. La distancia estética transgrede y modifica el horizonte de expectativa. En otros términos: una gran obra transgrede el horizonte de expectativa de su época; al romperlo, implica una transformación duradera de este horizonte. (Ibsch, 1993: 291-2)

## NOTAS

3 | Podría decirse que la noción del repertorio es uno de los pocos espacios en los que Iser le otorga cierta importancia al contexto que rodea a un texto: «Todo texto literario incorpora en mayor o menor medida y con más o menos intensidad normas sociales, históricas y contemporáneas, y las correspondientes referencias a la tradición literaria. Forman lo que se ha llamado el repertorio del texto» (2010: 321).



Esta estética de la negatividad introduce tanto una separación valorativa entre las obras de arte auténticas y las obras de mero entretenimiento, como una significación de la dimensión histórica, que separa un texto literario de un lector situado en un contexto diferente.

Para que su estética de la recepción muestre esta dinámica de la negatividad, Jauss se propone estudiar al lector histórico y concreto. En clara oposición al lector implícito de Iser, Jauss califica a su lector de explícito:

Separar la función explícita del lector de la implícita, o —en otra terminología— separar el código de un tipo de lector determinado histórica y socialmente del código de la función de lector prescrita literariamente, es la irrenunciable exigencia de un análisis de la experiencia del lector practicado hermenéuticamente. (1987: 78)

Es verdad que la reconstrucción de un horizonte de expectativas específico solo puede llevarse a cabo mediante un método hermenéutico que privilegie la producción de sentido sobre un proceso de reducción fenomenológica, manteniendo de este modo la separación entre el sujeto y el objeto que se estudia. No obstante, este ha sido uno de los blancos más atacados por quienes hacen una crítica del trabajo de Jauss. Elrud Ibsch argumenta que si bien esta propuesta de análisis persigue una descripción impersonal de la experiencia literaria concreta, «Jauss examina la recepción que practica el lector histórico hasta el momento en el que él mismo presenta una interpretación de la obra innovadora y abandona, así, la posición “objetiva” en beneficio de la confusión del sujeto con el objeto». La estética de la recepción de Jauss describe el proceso de lectura de un individuo concreto; sin embargo, a pesar de que su intención sea la exploración de horizontes de expectativas que difieren del suyo, este individuo es, de acuerdo con Ibsch, Jauss mismo (1993: 293).

De manera similar, en la discusión de las ideas de Jauss se corre el riesgo de confundir el acto de lectura con su estudio. Pero independientemente de si Jauss interpreta el texto o solamente lo describe, es necesario tomar en cuenta que esta lectura no deja de ser receptiva en los términos aquí definidos, es decir, esta es una lectura caracterizada por la producción de un texto a partir de una interacción entre un lector y un dispositivo literario. Mientras que para Iser la actualización rige esta producción, para Jauss lo hace la fusión de horizontes, que también puede entenderse como un proceso en donde las preguntas de un lector, histórica y socialmente situado, encuentran las respuestas que provee el dispositivo literario. El texto producido en la lectura receptiva de Jauss es una consecuencia de este diálogo.

Ya se dijo que la lectura crítica, a diferencia de la lectura receptiva, no produce un texto literario sino un discurso. Para Pierre Macherey, la crítica literaria

[...] es una cierta forma de saber y tiene, por consiguiente, un objeto, que no es su base sino su producto. A este objeto ella aplica un cierto esfuerzo transformador, no se contenta con imitarlo, con producir su doble; entre el saber y su objeto, ella conserva una distancia, una separación. (1974: 10)

Esto sin duda resuena con la relación entre sujeto y objeto en la lectura. Ya sea observada desde la fenomenología o desde la hermenéutica, en la lectura receptiva la distinción entre ambas instancias parece disolverse en beneficio de la producción del texto literario. En la lectura crítica la disociación entre sujeto y objeto es un requisito indispensable para la existencia de la práctica:

Esta distancia [...] es esencial, y caracteriza definitivamente las relaciones entre la obra y su crítica: lo que pueda decirse de la obra *con conocimiento de causa* no se confundirá nunca con lo que dice ella de sí misma, porque los dos discursos superpuestos de esta manera no son de igual naturaleza. (Macherey, 1974: 10)

Así pues, el discurso que se produce a raíz del contacto entre un lector y un dispositivo crítico difiere tanto en forma como en contenido de la obra literaria con la que está relacionado.

Si se considera que la condición de posibilidad de la lectura crítica es la negativa a recibir el texto literario, entonces es necesario pensar esta relación como una de rechazo. Macherey explora este principio como un gesto elemental de la crítica, pero su reflexión bebe del contraste entre una práctica normativa —enfocada en la capacidad de emitir juicios positivos o negativos— y una heurística —encargada de la búsqueda de conocimiento— (1974: 17). El interés de este artículo recae sobre la segunda más que sobre la primera, pues aquí la lectura crítica se discute tanto dentro del marco institucional como desde su condición de proceso activo y productor. Podría decirse que, aunque suene contradictorio, la lectura crítica está más interesada en escribir que en leer, lo que sin duda conduce al cuestionamiento de las funciones de los individuos involucrados en el proceso de lectura. En una interesante inversión de roles entre autor y receptor, Culler menciona que

Su experiencia lectora, su noción acerca de lo que los lectores son capaces de hacer, permite al autor escribir, ya que pretender un significado involucra asumir un sistema de convenciones y crear signos dentro de la perspectiva de este sistema. De hecho, escribir podría pensarse como un acto de lectura crítica, en el que un autor retoma un pasado literario y lo dirige hacia el futuro. (2014: 50. La traducción es mía)

---

De manera inversa, leer críticamente es un acto de escritura, cuyo objetivo no es la creación de la significación del texto, sino la producción de un discurso que acentúa su diferencia con la obra literaria.

Más que conducida por una estética de la negatividad, propia de la lectura receptiva de Jauss, la diferencia que introduce la lectura crítica proviene de una transformación paródica del texto literario. En primer lugar, describir la lectura crítica como una práctica paródica no resulta complicado cuando, como Linda Hutcheon, se entiende la parodia como una repetición discursiva en la que se hace énfasis en la diferencia y no en la semejanza (2000: 6). En la lectura crítica no solo es crucial la repetición del recorrido por el texto, sino que también lo es la repetición del texto mismo. Las citas, paráfrasis o resúmenes en el discurso producido por la lectura crítica son repeticiones paródicas de un texto literario, cuya transformación se ha llevado a cabo mediante procesos de descontextualización, reescritura o edición. Estas repeticiones han sido motivadas —tanto en su selección como en su modificación— por las expectativas levantadas por la interpretación totalizante del dispositivo crítico, no por las discontinuidades del dispositivo literario, ni por su capacidad de suscitar la experiencia de una negatividad estética. En segundo lugar, otro vínculo estrecho entre la parodia y la lectura crítica es su carácter institucional. Hutcheon menciona que la parodia refleja un impulso transgresor desde una posición dentro de la autoridad (2000: 69). En otras palabras, la única manera en la que los discursos paródicos pueden ser transgresores es si están enmarcados por una institución. Por paradójica que resulte esta situación, no deja de ser necesaria, pues los discursos paródicos deben construirse a partir de la repetición diferenciada de convenciones establecidas. La lectura crítica, como se ha mencionado, únicamente puede discutirse en el seno de una institución académica, que se define y funciona gracias a las normas acordadas por una colectividad organizada.

Quizás la reflexión teórica que pone más énfasis en la lectura como el resultado de un colectivo es la de Stanley Fish, especialmente mediante su noción de las comunidades interpretativas, en las que los individuos

[...] están situados en una institución, [por lo que] sus actividades interpretativas no son libres, sino que se encuentran restringidas por las prácticas pactadas y las suposiciones de la institución, no por las reglas y los significados fijos de un lenguaje. (1980: 306. La traducción es mía)

Por «institución», Fish no se refiere únicamente a la academia; más bien, su propuesta pretende explicitar que todo acto de lectura está regulado por una serie de directrices que dependen de la situación en la que los usuarios de una lengua experimentan un intercambio lingüístico. Pero antes de profundizar en el concepto de

las comunidades interpretativas, es necesario determinar cómo Fish entiende la lectura.

Para Fish, el texto literario es un evento que ocurre gracias a la participación del lector (2010: 263). La importancia de esta concepción de la lectura radica en que debe ser estudiada como un acontecimiento temporal y no espacial. Fish se opone abiertamente al método formalista de otras escuelas de análisis literario, que no solo parten del supuesto de que el texto está unificado, sino que también requieren de movimientos espaciales por la obra en búsqueda de los rasgos formales y temáticos que abonan a la conformación de esta unidad. Al mismo tiempo, en parte porque el texto no representa un todo, Fish niega la existencia de la obra en tanto que objeto: «La objetividad del texto es una ilusión, y además una peligrosa ilusión, por ser tan físicamente convincente» (2010: 271). Al hacer esta denuncia, Fish se deslinda con un solo gesto tanto de la fenomenología como de la hermenéutica, puesto que sin objeto no hay posibilidad de reducción fenomenológica ni de círculo hermenéutico para la aprehensión de un texto.

Lejos de ser un impedimento, la falta del objeto en esta noción de la lectura es una ventaja para su análisis. Por un lado, la lectura se libera de la necesidad de completitud para la experiencia de una obra, es decir, la perspectiva de Fish permite estudiar cada enunciación individualmente. Puesto que no es posible advertir todo el texto de manera simultánea, Fish enfoca su método en el efecto que cada enunciado provoca temporalmente en el lector, lo que abre la puerta al análisis de textos que no son literarios o que no se encuentran inscritos en construcciones lingüísticas más amplias<sup>4</sup>. Por el otro lado,

Un análisis en términos de acción y acontecimientos es, por otra parte, verdaderamente objetivo, porque reconoce la fluidez, la «movilidad» de las experiencias de significación, y porque nos encamina a donde está la acción: la conciencia activa y activante del lector. (2010: 272)

Debido a que no fundamenta el entendimiento de la lectura en el objeto sino en el acontecimiento, Fish parecería darle, a diferencia de Iser y de Jauss, una auténtica primacía al lector (aunque más adelante será necesario matizar esta idea, pues desde la teoría de Fish es más ajustado señalar que la primacía de la lectura no le corresponde al individuo sino al colectivo). De acuerdo con Littau, en la teoría de Fish

[...] las estrategias de interpretación que aportan los lectores no se limitan a interpretar el texto, de alguna manera, le dan existencia. Según esta concepción [...] el texto no es una entidad preexistente que determina las respuestas de los lectores; más bien, el texto es la lectura que hace de él el lector. (2008: 180)

## NOTAS

4 | Fish utiliza un enunciado de Walter Pater para explicar su acercamiento: «Consideremos, por ejemplo, esta frase (más bien un fragmento) de Walter Pater en el capítulo final de *El Renacimiento*, que, si bien no tiene el estilo del habla ordinaria, sin embargo no parece presentarse como objeto de un análisis crítico: “Este claro y eterno contorno del rostro y los miembros no es sino una imagen de nosotros”. ¿Qué se puede decir de un enunciado como éste? Un analista de estilo encontraría, me temo, un enunciado penosamente recto y no desviante, un enunciado simplemente declarativo, de la forma X es Y. Y aunque por casualidad se sintiese interesado por él, no prestaría mucha atención a la primera palabra, “that”. Está simplemente ahí. Pero naturalmente no es tan sencillo; está ahí *activamente*, haciendo algo, y lo que es algo puede descubrirse preguntando: “¿qué hace?”. La respuesta es obvia, está ante nuestros ojos, aunque no podamos verla hasta que no planteamos la pregunta» (2010: 266).

---

Mientras que Iser habla del lector implícito y Jauss del explícito, Fish define al suyo como el lector informado. Este debe ser un hablante capaz, haber experimentado los acontecimientos semánticos del texto y poseer competencia literaria (2010: 275). En otras palabras, el lector informado requiere cierto dominio de la lengua en la que está escrita la obra, tener un contacto con esta y manejar, consciente o inconscientemente, una variedad de convenciones y propiedades que definen el discurso frente a él. Hasta este punto, esta descripción es clara y poco controversial, pero hay otro aspecto de este lector que se presta al debate.

De acuerdo con Fish, el lector informado «no es una abstracción, ni un lector vivo actual, sino un híbrido de ambos: un lector real (yo mismo) que hace todo lo posible por estar informado» (2010: 275). Sería aventurado asegurar que este lector sintetiza al de Iser y al de Jauss. En cambio, esta noción puede discutirse en función del conflicto que se establece entre un fenómeno situado históricamente y la idea que pretende conceptualizarlo. En el caso del lector informado de Fish, esta tensión se manifiesta en él mismo, que representa a un lector concreto pensándose y pretendiéndose una abstracción. La posibilidad de convertirse en un lector conceptual es lo que motiva al lector de Fish a informarse: «Cada uno de nosotros, si somos suficientemente responsables y seguros de nosotros mismos, podemos [...] convertirnos en el lector, y así ser informadores más seguros de su experiencia» (2010: 275). El objetivo del lector informado es que su lectura se transmita; sin embargo, como sucede con toda idea que espera ser compartida, la validación de esta experiencia solo puede darse en el seno de una colectividad.

La producción del texto en la lectura receptiva de Fish es el resultado de un contacto entre el dispositivo literario y un colectivo al que llama comunidad interpretativa, en la que los individuos comparten una serie de normas literarias y extraliterarias, convenciones, códigos e ideologías (Compagnon, 2015: 193). Aquí es posible trazar una cierta correspondencia con las ideas de Jauss, debido a que la noción de horizonte de expectativas solo puede ser entendida a partir de su carácter social; no obstante, el contexto en el que Jauss ubica a su lector colectivo es más vasto. Conformada por lectores informados, la comunidad interpretativa puede ser tan específica como un salón de clases; lo que quiere decir que también es más dinámica, pues su configuración no solo responde a cambios sociales de gran calado, como variaciones en la ideología de un pueblo, sino también a modificaciones inmediatas y concretas, como un cambio de aula o de asignatura académica. En la teoría de Fish la producción del texto literario corre a cargo de la comunidad interpretativa que realiza el acto de lectura:

Si los lectores están constituidos por convenciones en medida no menor que los textos, cabe pensar que el significado no es propiedad de un objeto (el texto) ni de un sujeto (el lector). Por el contrario, el significado de un texto, y de la literatura *per se*, es parte de la institución literaria, sistema comunitario que nos precede, en cuyo seno habitamos y que habita en nosotros. (Littau, 2008: 180)

La noción de comunidad está más presente en la lectura crítica que en la lectura receptiva. No hay duda de que el lector informado de Fish se antoja cercano al lector crítico<sup>5</sup>, que no solo posee bagajes literarios y teóricos que le permiten reconocer características temáticas y formales en un texto, sino que además tiene el interés de expandir este conocimiento mediante fuentes críticas. De acuerdo con Culler, quien se dedica al estudio de la literatura recurre a textos críticos porque espera encontrar ideas que valgan la pena: «Al parecer, pensamos que lo que se dice sobre la literatura importa, que puede afectar nuestra relación con la literatura y, por consiguiente, ayudar al progreso de un proyecto en el que muchos miembros de una profesión están involucrados» (2014: 46. La traducción es mía). La naturaleza gremial de esta actividad es fundamental para entender que los estudios literarios —más que utilizar la lectura crítica como una herramienta de análisis— son ellos mismos un acto de lectura *de la crítica*.

En tanto que la lectura crítica se niega a recibir el texto literario y elabora el dispositivo crítico como objeto de reflexión, es posible aseverar que, en lugar de una obra, los estudios literarios en realidad analizan un ejercicio colectivo de lectura. Si bien el rechazo a recibir el texto literario podría equipararse con la ausencia de objeto en la lectura de Fish, es importante recordar que esta negativa motiva la elaboración del dispositivo crítico, que, a diferencia del texto literario, no es un objeto empírico, sino un acto de lectura. Tanto la lectura como la interpretación pueden hacerse de manera solitaria, pero son actividades altamente sociales que no deben separarse de criterios interpersonales e institucionales (Culler, 2014: 53), por lo que el dispositivo crítico no puede ser pensado fuera de una asociación. Las características que adquiere este objeto dependen tanto del individuo que lo postula como de otros actos de lectura crítica que han elaborado sus propios dispositivos. El lector crítico entra en diálogo con las interpretaciones totalizantes que se hicieron antes que la suya, juzgándolas, fundamentándolas o refutándolas. De esta manera, en cada lectura crítica se cuestionan las convenciones institucionales que dan lugar a los dispositivos críticos de una comunidad organizada:

Junto a su deber de información, [los críticos] tienen un papel decisivo en la discusión de las normas del sistema de lo literario: contribuyen activamente a defender o a rechazar la pertinencia de algunos modelos de comportamiento o de pensamiento abordados en los textos literarios. (Ibsch, 1993: 299)

---

## NOTAS

5 | De hecho, según Fish, el crítico literario es un punto de convergencia: «El crítico tiene la responsabilidad de convertirse no en uno, sino en una pluralidad de lectores informados, cada uno identificado por una matriz de determinantes políticos, culturales y literarios» (2010: 276).

Por supuesto, esta discusión se ve reflejada en el discurso que se produce por el contacto entre el lector y el dispositivo crítico.

Tanto en forma como en contenido, el discurso crítico es una pluralidad de voces. Es cierto que desde que Mijaíl M. Bajtín describió la novela como un sistema conformado de los lenguajes que provienen de un contexto determinado, otros géneros discursivos se han estudiado en términos de sus naturalezas heteroglósicas —quizás Roland Barthes representó el epítome de esta: «el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura» (2010: 223)—. No obstante, la convivencia de múltiples registros es más evidente en el discurso crítico, ya que este debe darle voz al dispositivo que el lector ha postulado y a los discursos de otros lectores críticos para autorizar sus palabras. A diferencia de las comunidades de Fish, que parecen dar por sentada la validez de sus interpretaciones, el discurso crítico pone a prueba sus propios hallazgos en todo momento. En su reflexión sobre la lectura, Culler afirma que

Una tarea primordial del estudio de la lectura es describir las operaciones responsables de las interpretaciones que consideramos verosímiles. Preguntas como hasta qué punto lectores particulares realizan las mismas operaciones o en qué medida estas operaciones están restringidas a una pequeña comunidad de críticos profesionales no pueden ser realmente contestadas hasta que mejoremos las descripciones de estas operaciones. (2014: 62. La traducción es mía)

Si los estudios literarios se entienden como un acto de lectura *de la* crítica, entonces quiere decir que estas preguntas se formulan y se responden constantemente. De hecho, desde la perspectiva de este artículo, todo discurso crítico es una descripción de las operaciones que menciona Culler.

Este artículo se propuso deslindar la lectura crítica de la lectura receptiva a partir del supuesto de que «la complejidad y sofisticación presentes en el discurso crítico poco o nada tienen que ver con la lectura o la mirada entendidas como actividades de recepción» (Asensi Pérez, 2011: 144). La discusión de las ideas de tres pilares de la estética de la recepción y de la teoría de la respuesta del lector, Iser, Jauss y Fish, ha habilitado el escrutinio de diferentes perspectivas para el estudio del acto de lectura. Si bien las propuestas de estos autores arrojan luz sobre un proceso tan cotidiano pero tan complejo, sus reflexiones giran principalmente en torno a cómo el(los) lector(es) desempeña(n) un papel activo en la producción del texto literario. Aquí se ha definido la lectura crítica como una toma de postura específica, que requiere de un rechazo del texto para llevar a cabo la elaboración de su propio objeto de estudio y para la producción de un discurso que establece una relación paródica con el texto literario que lo ha motivado. En otras palabras, lo que se

ha esbozado en este ensayo de manera ciertamente insuficiente es tanto una ética como una poética de la lectura crítica —si se entiende la poética, en términos generales, como el estudio de la significación de un discurso estrechamente relacionado con la literatura, como se ha trabajado en este artículo—.

Surgen, sin embargo, una serie de interrogantes que exigen reflexiones más profundas y mejor documentadas. En cuanto a la ética de la lectura, es posible empezar por equiparar la figura del crítico con la del maestro. De acuerdo con J. Hillis Miller, no solo el poeta se caracteriza por tener la compulsión de contar lo que ha visto o lo que sabe, también la posee el maestro. Este ha encontrado algo en su lectura y siente la necesidad de compartirlo con otros lectores: «Toda buena enseñanza involucra, por lo tanto, otra versión del “Tengo que contarte”. Enseñar es una situación ética del tipo más concreto y particular: de persona a persona» (1987: 182. La traducción es mía). Puesto que los discursos críticos dan cuenta de un acto de lectura, merece la pena preguntarse cuáles son los principios éticos que los impulsan, más allá de las intenciones explícitas de ciertas escuelas de reflexión crítica. Sin duda, los trabajos de Wayne Booth y los de Michael Warner serían un punto de partida más que sensato. Finalmente, hace falta una exploración más amplia de la poética de la lectura crítica. Observarla como una manifestación paródica es apenas un primer paso, pero aún se requiere una descripción pormenorizada de sus operaciones. Para esto, las obras de Murray Krieger y Jonathan Culler ayudarían a cimentar las bases de un andamiaje teórico que, además de analizar los mecanismos de producción del discurso crítico, abriría la puerta para pensar en una posible estética de la recepción de la crítica literaria.



## Bibliografía citada

- ASENSI PÉREZ, M. (2011): *Crítica y sabotaje*, Barcelona: Anthropos.
- BARTHES, R. (2010). «La muerte del autor» en Araújo, N. (ed.), *Textos de teorías y crítica literarias (del formalismo a los estudios postcoloniales)*, Barcelona, México: Anthropos; Universidad Autónoma Metropolitana, 221-4.
- COMPAGNON, A. (2015): *El demonio de la teoría: Literatura y sentido común*, Barcelona: Acantilado.
- CULLER, J. (2014): «Prolegomena to a Theory of Reading» en Suleiman, S. (ed.), *The Reader in the Text*, Nueva Jersey: Princeton University Press, 46–66.
- EAGLETON, T. (1998): *Una introducción a la teoría literaria*, México: Fondo de Cultura Económica.
- FISH, S. (1980): *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge, M. A.: Harvard University Press.
- FISH, S. (2010): «La literatura en el lector: “estilística afectiva”» en Araújo, N. (ed.), *Textos de teorías y crítica literarias: (del formalismo a los estudios postcoloniales)*, Barcelona, México: Anthropos; Universidad Autónoma Metropolitana, 261–82.
- HUTCHEON, L. (2000): *A Theory of Parody: The Teachings of Twentieth-century Art Forms*, Chicago: University of Illinois Press.
- IBSCH, E. (1993): «La recepción literaria» en Angenot, M. (ed.), *Teoría literaria*, México: Siglo Veintiuno Editores, 287–313.
- ISER, W. (2010): «El proceso de la lectura» en Araújo, N. (ed.), *Textos de teorías y crítica literarias: (del formalismo a los estudios postcoloniales)*, Barcelona, México: Anthropos; Universidad Autónoma Metropolitana, 311–27.
- JAUSS, H. R. (1987): «El lector como instancia de una nueva historia de la literatura» en Myoral, J. A. (ed.), *Estética de la recepción*, Madrid: Arco/Libros, 59–86.
- LITTAU, K. (2008): *Teorías de la lectura: Libros, cuerpos y bibliomanía*, Buenos Aires: Manantial.
- MACHEREY, P. (1974): *Para una teoría de la producción literaria*, Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- MILLER, J. H. (1987): «The Ethics of Reading», *Style* vol. XXII, 2, 181–91.
- WARNER, M. (2004): «Uncritical Reading» en Gallop, J. (ed.), *Polemic: Critical or uncritical*, Nueva York: Routledge, 13-38.